

Un voto de la ciudad de Manila y el extranamiento de la
Compañía de Jesus

Miguel Selga, SJ

(Cultura Social, XLIV, 1936)

El ejemplo de la India y la protección particular que San Francisco Javier dispensaba a las naos de la carrera de Acapulco movieron a la Ciudad de Manila a elegir el 1653 a San Francisco Javier por Patrono de Filipinas, obligándose a asistir a las vísperas y fiestas de su día en forma de Ayuntamiento y dar la cera necesaria para la fiesta.¹ Extendióse mas tarde este Patrono a todos los viajes marítimos, no solo de Filipinas a Nueva España, a la India y a otros reinos, sino a todos los interinsulares. A ruegos del Cabildo Secular, el Dean y Cabildo Eclesiástico "unanimemente y conformes acordaron y determinaron que, siendo recibido por Patrono el glorioso San Francisco Javier, este Cabildo vaya a celebrar su fiesta y decir Misa el día de su festividad a la Iglesia de la Compañía de Jesus."² A fines del siglo XVII la autoridad eclesiástica conmutó este voto, concediendo que en lugar de asistir el Cabildo secular a las vísperas el día de la fiesta del Santo asistiese al Te Deum el último día del año en la iglesia de la Compañía. La religiosidad de nuestro pueblo y la dignidad del Cabildo hacen suponer que se cumplió el voto con toda escrupulosidad. Mas he aquí que el día 19 de Marzo de 1768 se promulgaba en Manila la Pragmática sanción de Carlos III por la cual la Compañía de Jesus quedaba suprimida en Filipinas, cerrados sus templos, incautadas sus propiedades y sus hijos lanzados al destierro.³ En aquellas circunstancias extraordinarias cabía preguntar: Que valor y alcance tenía entonces el voto del Ayuntamiento? Hasta qué punto y en que forma estaba el Cabildo obligado entonces a guardarlo? Estas son las preguntas que se hizo a si mismo el digno Alcalde de aquella época y propuso después a la consulta de sus compañeros de sesiones para la oportuna resolución. Conservanse aun para gloria del Ayuntamiento de esta ciudad las Actas de aquel Cabildo, las cuales dan a conocer la devoción que se profesaba en Manila a San Francisco Javier y la delicadeza y nobleza de conciencia con que procedían los señores del Cabildo en el cumplimiento de votos y promesas. Creo que será del agrado de los lectores de esta Revista el saborear la lectura de aquellos